

¿Creerle a Dios o a la Psicología?¹

Samuela Rigon²

Actualmente la intervención de la psicología en el camino formativo de la vida cristiana, parece desatar debates con tonalidades menos encendidas respecto a años anteriores. En los ambientes educativos es más raro encontrar formadores decididamente alérgicos o cerrados, al menos en línea de principios, al aporte de las ciencias humanas, y también parece más reducido el grupo de aquellos que miran a la psicología como el remedio universal para todo tipo de dificultad o problema.

Tengo la impresión que, actualmente, el corazón de la cuestión no sea tanto la utilidad o no de la psicología en este ámbito particular, sino la relación entre la ayuda psicológica y el camino espiritual teológico, relación que resulta más que nada vaga y confusa, y que ciertamente necesita una mayor profundización.

Por lo tanto, se trata de preguntarnos *en qué forma* las ciencias humanas pueden ofrecer su aporte específico al camino de la formación cristiana y vocacional.

Crecimiento humano y camino de santidad

Ciertamente la mirada atenta de un rector de seminario no tiene dificultad para entender que el joven seminarista que, por ejemplo, sabe solamente establecer relaciones agresivas y de dominación tiene necesidad de una ayuda específica. De la misma forma, será necesaria la intervención de un experto para la novicia que tiene una relación excesivamente incorrecta con el alimento, o para la joven que se deja invadir por sentimientos depresivos que pintan de negro toda su jornada. ¡Sea bienvenida la ayuda del experto, si hay necesidad de resolver un problema! Es cuestión de sentido común pedir ayuda al experto en psicología para las situaciones visiblemente problemáticas y difíciles, donde los medios tradicionales se muestran insuficientes. Pero entonces, ¿esto significa que en todas las otras situaciones la psicología no tiene nada para ofrecer?

“Sin una adecuada formación humana, toda la formación sacerdotal estaría privada de su fundamento necesario”³: con estas palabras y otras similares los documentos de la Iglesia continúan llamando la atención sobre la importancia de la madurez humana en el

¹ RIGON, Samuela, «Credere a Dio o alla psicologia?» en *Tredimensioni* 1(2004) 1, 92-98. Traducción: Fátima Godiño para el curso Psicología General, Facultad de Teología “Mons. Mariano Soler”. Montevideo, 2012.

² Formadora vocacional y psicóloga.

³ Pastores Dabo Vobis (=PDV) n. 43, Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Post-sinodal, 1992; cfr. también Directivas sobre la Formación en los Institutos Religiosos n. 33, Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, 1990.

camino de la formación cristiana y religiosa. Si es verdad que se requieren condiciones humanas para seguir a Jesús, es también verdad que no existe edad que pueda ver terminada la maduración de la personalidad⁴: ¿quién de nosotros se sentiría auténtico al afirmar haber completado el propio crecimiento y haber llegado a ser plenamente hombre o plenamente mujer?

¡A veces miramos a la formación humana como si fuera una realidad estática, con un objetivo logrado o alcanzable para vez para siempre, y sobre el cual después, ya no se debe pensar más! Otras, se parte de la convicción que el anuncio de los valores cristianos es inútil si antes no se mandó al joven al psicólogo: primero se construye y solamente después existe espacio para el crecimiento religioso, como si la persona fuera hecha de escalones.

La perspectiva que hay que asumir es otra ya que, en lo concreto de la existencia, la persona va siendo en su humanidad y, contemporáneamente, interlocutora con Dios: *“la misma formación humana, si se desarrolla en el contexto de una antropología que abarca toda la verdad sobre el hombre, se abre y se completa en la formación espiritual”*⁵. El transformarse en la propia humanidad encuentra su plenitud en la relación con Dios y en la vida cristiana.

El bien y lo mejor

Ciertamente sería reductivo pensar en el desarrollo humano y cristiano de una persona simplemente en términos de soluciones a grandes problemas y, en último caso, de ausencia de patología. ¡Cuántas veces en nuestro compromiso educativo hemos experimentado que la persona, no teniendo grandes dificultades o patologías, no logra vivir según el ideal elegido!. La sanidad psíquica (por otra parte, muy difícil de definir) o la exclusión de problemas - así llamados - patológicos ciertamente no es garantía de un camino de crecimiento.

La persona sólo se encuentra plenamente *“a través del don sincero de sí misma”*⁶, un don hecho con todo el corazón, con la totalidad del propio ser. Recorrer el camino del amor evangélico implica el crecimiento en la capacidad de elegir y de hacer el bien, de dar realmente lo mejor de sí mismo, en las diversas situaciones de la vida, en respuesta a la llamada de Dios y a la luz del ejemplo de Jesús.

La hermana M. es una persona silenciosa en la comunidad, sigue con atención lo que las otras hablan, escucha. Interviene cuando se le pregunta algo o está directamente implicada. Es responsable y generosa en su trabajo; no pide cosas que no sean necesarias, es una persona discreta y modesta. Con su formadora tiene una relación tranquila, se limita a los encuentros estrictamente necesarios, dialoga aún si prefiere no profundizar demasiado. Logra manejar con equilibrio el tiempo de la oración. La hermana M. se presenta como una hermana que no crea problemas en comunidad.

Ciertamente es un ejemplo lindo de una joven religiosa; no hay grandes problemas y sustancialmente, las cosas van bien. Pero, ¿es verdaderamente éste el criterio del Evangelio, o invita a un *algo más, a amar hasta el final, a perder nuestra vida?*

⁴ Vita Consecrata (=VC) n. 69, Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Post-sinodal, 1996.

⁵ Pastores Dabo Vobis n. 45.

⁶ Gaudium et Spes (=GS) n. 24, Concilio Vaticano II.

Se vuelve entonces importante hacerse también otra pregunta: la hermana M., ¿está dando lo mejor de sí misma o podría donarse en una forma más profunda, más plena y, por ende, también más satisfactoria para sí misma?

A través de una larga y paciente confrontación con su formadora, la hermana M descubre gradualmente que hay en ella un gran miedo a abrirse, a hacerse conocer por los otros, a confiarse. Teme no ser acogida, entendida. EL miedo a ser rechazada y, por ende, herida, es tan fuerte que aprendió a no correr riesgos, retirándose en un razonable silencio y evitando involucrarse en relaciones profundas. La disponibilidad de la hermana M, ya antes evidenciada, es real, pero también es una defensa a tener que involucrarse excesivamente, y este segundo aspecto, menos evidente a simple vista, si es dejado de lado, impide a la hermana M hacerse más disponible, como en cambio, podría llegar a serlo.

¿Bajo qué condiciones la joven religiosa podría vivir la vida fraterna en forma más plena, más total? Bajo la condición que sea ayudada pacientemente a confrontar con el Evangelio su concreta experiencia interior, aquel mundo, a veces también escondido a sí misma, poblado de deseos, miedos, aspiraciones, antiguas heridas no aún sanadas, sueños jamás expresados. ¿Acaso no somos llamados, en virtud de la vocación bautismal, a amar con todo el corazón, con todas las fuerzas, con toda el alma? Y la formación, ¿no es quizás *“un proceso vital a través del cual la persona se convierte al Verbo de Dios desde lo más profundo de su ser”*⁷?

Es aquí que la psicología puede ofrecer su aporte, ayudando al sujeto a entrar en relación con su mundo profundo, habitado por emociones y sentimientos a menudo no expresados o desconocidos; ayudando a conocer más profundamente el mundo humano donde aspiraciones de santidad y de apertura a los otros conviven junto a deseos dirigidos a la gratificación egoísta, o cerrados en los espacios estrechos del propio yo, ayudando a la ambigüedad que caracteriza al corazón humano, donde la experiencia de la *sublime* vocación *se entrelaza* con la experiencia de la profunda miseria⁸.

Entonces, se vuelve muy importante ayudar a la persona a conocer los propios puntos de fuerza, pero también las debilidades y heridas, para hacerse cargo de ellas en una óptica de fe y para volverse más auténticamente consciente de la profunda necesidad de la gracia de Dios. La formación no puede verdaderamente llamarse tal si no logra tocar estos espacios profundos del ser.

Vivir juntos

En ciertas experiencias de vida comunitaria todo parece correr como el aceite, sin problemas, mientras en realidad, la aparente quietud esconde una profunda dificultad de comunicación, o se ha vuelto una fina máscara del miedo a dialogar. Es verdad que la caridad todo calla, todo cubre y todo perdona, pero algunas veces es necesario enseñar a hablar, a poner las cosas al descubierto, a mirar juntos los errores realizados, para evitar que el silencio se transforme en desinterés o indiferencia por el hermano o la hermana.

⁷ VC n. 68.

⁸ Cfr. GS n.13.; C.M. Martini, «La testimonianza del discernimento spirituale e pastorale» en *Rivista Diocesana Milanese*, Feb.1986, 150-159.

Una buena dinámica de grupo, orientada a facilitar el diálogo y la comunicación interpersonal, no es ciertamente la sustitución moderna de la caridad evangélica: todos estamos profundamente convencidos que la comunión y el amor fraterno son sobre todo el fruto precioso de la gracia de Dios y del camino de conversión que toda persona y todo grupo están llamados a recorrer. Pero una intervención adecuada, aún si “técnica”, puede ayudar a manejar los conflictos, a afrontar algunas dificultades de la convivencia, y constituye una ayuda concreta y válida para crecer en relaciones más libres y auténticas, en la convicción que entrar en relación con Dios y con otras personas hermanas, es la más alta vocación del hombre⁹.

Ventanas al misterio

Desde una perspectiva fiel a la verdad de la persona que no crea indebidas fracturas entre el desarrollo humano y el crecimiento espiritual, los eventos concretos de la vida se vuelven ventanas al misterio¹⁰: fragmentos que pueden ser reconducidos a un conjunto, preguntas que, con apariencia de estar circunscriptas y acotadas, pueden evocar o despertar preguntas y deseos más amplios y más profundos.

La necesidad de afecto que una novicia manifiesta repetidamente en las relaciones cotidianas, ¿es solamente expresión de alguna ausencia vivida con sufrimiento en su infancia y que pide ser colmada? ¿O indica también que es el momento justo para preguntarse qué puesto debe reservar al tú en la propia interioridad y qué preguntas realistas debe hacerle? ¿O quizás es una invitación a dar el salto - no solamente intelectual y con la voluntad, sino también con el afecto – más allá del recinto estrecho de las necesidades e iniciar la experiencia de un amor que es tal, aún sin la necesidad de ser correspondido?

Probablemente todas estas lecturas contienen una parte de verdad y deben ser afrontadas en su justo nivel, pero el deseo de ser amada, que en un nivel habla solamente de sí y en forma de frustración, en otro nivel es expresión, en forma de desafío determinante, del misterio del ser humano que re-encuentra su verdadera identidad solamente en la dependencia madura y filial a Dios. En este sentido, lo pequeño no se opone a lo grande, y el evento cotidiano, aún si banal y problemático, puede volverse evocación de un significado más profundo¹¹. Es cuestión de aprender a leer más allá de las líneas y escuchar más allá de las palabras, no para inventar lo que no existe, sino para ver todo lo que hay. La acción del Espíritu *“es de un orden distinto a los datos de la psicología y de la historia visible, pero obra también a través de éstas”*¹².

⁹ La vida fraterna en comunidad n. 9, Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, 1994.

¹⁰ F. Imoda, *Sviluppo umano, psicologia e mistero*, Piemme, Casale Monferrato, 1993, pp. 17 y siguientes. NdT: cfr edición en español: Imoda, F. *Desarrollo Humano. Psicología y Misterio*. Eucasa Dep. Editorial. Universidad Católica de Salta, 2001.

¹¹ Estas observaciones se ubican en el contexto más amplio del discernimiento, con su doble movimiento de «participación» y de «purificación». Cfr. F. Imoda, “Lo sviluppo della relazione come contributo al discernimento” en: L.M. Rulla, *Antropologia della vocazione cristiana III*, EDB, Bologna, 1997, pp. 109 y siguientes.

¹² Directivas sobre la Formación, n. 19.

“Mamá, ¿por qué llueve?”, preguntó con trepidación la niña. “Porque las florcitas tienen sed!”, respondió la madre, con la convicción de quien sabía que solamente aquella habría sido la respuesta justa para su hija. Aún sin la edad para ir a la escuela materna, la niña, que en forma agobiante desde hacía media hora dirigía a todos la misma pregunta sin recibir una respuesta que la convenciera, finalmente regresó tranquila a jugar. Muchas habían sido las respuestas, pero sólo la de su madre era justa: había entendido qué era lo que verdaderamente la niña preguntaba.

El educador debería ser un poco psicólogo y un poco teólogo: es decir, capaz de acoger y escuchar la experiencia de la persona, de captar el aspecto emotivo no expresado, de sintonizarse en esta frecuencia de onda, pero también debería ser capaz de interpretar la pregunta vital que tiene dificultades para aparecer: ¿qué te dice de ti este fracaso que viviste en el estudio? ¿Qué te revela de tu humanidad? Y, ¿cuál aspecto del rostro de Dios has descubierto en esta experiencia de esfuerzo y sufrimiento?

... para una más madura vida de fe

Desde esta óptica entonces, la psicología puede ofrecer un aporte realmente significativo y eficaz. Puede ayudar a afinar nuestra mirada para mejor leer e interpretar los diversos lenguajes de la vida en forma de no separar, en la misma persona, lo que es humano/psicológico de lo que es espiritual, con el riesgo de reducir, y a veces traicionar, la verdad del ser humano. La pregunta o el problema debe ciertamente ser reconducido, poco a poco, a su justo nivel, con respeto a la unidad de la persona humana.

El ideal debe ser presentado en su totalidad, pero es también necesario hacerlo asimilable a quien está adelante, para que pueda efectivamente hacer resonar las cuerdas de la vida. Si por una parte, es prioritario presentar con claridad qué significa ser sacerdote, si es fundamental precisar que el ministro de Dios se da total y gratuitamente, por otra parte, no es menos importante ayudar al seminarista a contactar con sus inmadureces humanas y psicológicas, afrontarlas, conocer existencialmente los puntos de fuerza y las específicas fragilidades. Todo ello para evitar que el seminarista se vuelva un gigante con los pies de barro o un ratoncito que vive como si fuera un león. El don se alcanza en nuestro tejido psíquico y la aceptación existencial de esta realidad, puede ayudar a elevar a Dios una oración más verdadera.

Si la formación no se dirige, no solamente en línea de principios sino sobre todo a nivel concreto y existencial, a la totalidad del individuo, el riesgo que corremos es la reducción de la persona a algunos aspectos de su ser. Por lo tanto, el desafío educativo no se juega sobre qué aspecto privilegiar sino en la posibilidad de armonizar y de integrar la inteligencia, el mundo de los afectos y la capacidad de voluntad¹³. En otras palabras: hagamos de forma tal que la persona «esté toda entera» en las elecciones que hace, y que el itinerario de la vida no se cumpla sobre binarios paralelos que nunca se encuentran.

Las ciencias humanas entonces, no son una alternativa o una contraposición a la fe, tampoco el coloquio psicológico le roba el puesto a la confesión sacramental: la psicología puede ser una buena compañera de camino, una aleada en el camino espiritual, una ayuda válida hacia “una más pura y más madura vida de fe”¹⁴.

¹³ F. Imoda, *Sviluppo umano...*, op. cit., en particular pp. 178. 356-357.

¹⁴ GS n. 62.